

Neruda en Madrid

Yo me permitiría modificar el título de esta ponencia: en lugar de «Neruda en Madrid», prefiero hablar de «Madrid en Neruda». No es lo mismo, pero muy pocos datos me socorren para desarrollar el primer tema, ni el poeta ha entrado en detalles en sus memorias sobre el argumento. Algunas noticias tenemos en *La arboleda perdida*, de Rafael Alberti, relativas a los primeros contactos que él tuvo con la obra poética de Neruda, cuando éste le envió, para que viera la posibilidad de publicarla, *Residencia en la tierra*, y al fracaso repetido de las tentativas de Rafael¹. Pedro Salinas, a quien se dirigió Alberti, logró que aparecieran en la «Revista de Occidente» algunos poemas². Cosas hartas sabidas, a las que se añaden chismes e invenciones de imposible control. Véase *Adiós, poeta...*, de Jorge Edwards³. Tampoco nos ofrece noticias relevantes sobre el período español del poeta chileno Margarita Aguirre en su, por lo demás precioso libro, *Las vidas de Pablo Neruda*⁴. Algo más encontramos en el *Neruda* de Volodia Teitelboim⁵, aunque las noticias fundamentales son siempre las mismas.

Durante toda su vida, Neruda, lejos de ser un «viajero inmóvil»⁶ fue viajando por el mundo, con especial preferencia por Europa, la occidental y la oriental,

1. R. Alberti: *La arboleda perdida*, Barcelona, Seix Barral, 1975, I, pp. 293-294.

2. *Ibid.*, p. 294. Alberti vuelve sobre el tema en la segunda parte de *La arboleda perdida*, Barcelona, Seix Barral, 1987, p. 15.

3. J. Edwards: *Adiós, poeta...*, Barcelona, Tusquets Editores, 1990.

4. M. Aguirre: *Las vidas de Pablo Neruda*, Buenos Aires, Grijalbo, 1973 (1.^a ed.: Santiago de Chile, Zig-Zag, 1967).

5. V. Teitelboim: *Neruda*, Madrid, Ediciones Michay, 1984.

6. Me refiero al título, con otro sentido, del libro de E. Rodríguez Monegal: *El viajero inmóvil*, Buenos Aires, Losada, 1966.

debido a su militancia política y al entusiasmo que despertó en él la edificación del llamado «socialismo real», en países donde era bien recibido y halagado.

En su poesía y en su prosa queda testimonio abundante de sus peregrinaciones. Fue un trotamundos incansable, hasta casi sus últimos días, y su residencia en distintas ciudades del mundo quedó grabada profundamente en su adentro, determinando en varias ocasiones orientaciones definitivas en su desarrollo espiritual y su vida. Igual la residencia, en edad todavía temprana, en ciudades de Birmania y Ceylan, que en las del oriente europeo, especialmente Moscú, y del occidente, como París y Madrid.

La capital de España representa un papel esencial en la orientación espiritual del joven Neruda. Cuando llega a Barcelona, en 1934, después de haber sido cónsul en Buenos Aires, a raíz de su regreso de la India, donde había hecho experiencia imborrable de soledad y muerte, ya tenía un amigo en Madrid, Federico García Lorca. Lo había conocido en la capital argentina en 1933, y juntos habían pronunciado la famosa charla «al alimón», homenaje a Rubén Darío, durante un banquete que el Pen Club les había ofrecido en el Plaza Hotel. Reconocían ambos en el poeta nicaragüense «uno de los grandes creadores del lenguaje poético en el idioma español»⁷. También se había carteadado Neruda con Rafael Alberti en la mencionada tentativa de publicar *Residencia en la tierra*⁸.

En Barcelona el poeta chileno tuvo la suerte de encontrarse con un jefe bondadoso y comprensivo, don Tulio Maqueira, el cual viendo la poca habilidad de su colaborador en las cuentas le dijo, según afirma Neruda en sus memorias: «—Pablo, usted debe vivir en Madrid. Allí está la poesía. Aquí en Barcelona están esas terribles multiplicaciones y divisiones que no lo quieren a usted. Yo, me basto para eso»⁹.

Llegado a Madrid, Neruda encuentra en la capital de España su mundo ideal. Era un momento de gran significado para la cultura, en el clima de la república, y Madrid hervía en creatividad e iniciativas. Allí el poeta trabó amistad con los poetas de la «Generación del 27», Alberti, Aleixandre, Guillén, Cernuda, Altolaguirre, Hernández, etc., con el mismo Ramón Gómez de la Serna, hacia el cual demostró siempre gran aprecio y afecto y que más de una vez debía celebrar supremo inventor de la maravilla, como en la oda que le dedica en 1959, en *Navegaciones y regresos*¹⁰; en sus memorias lo acerca a Quevedo y a Picasso: «es

7. P. Neruda: *Confieso que he vivido. Memorias*, Buenos Aires, Losada, 1974, p. 154.

8. Cfr. R. Alberti: *La arboleda perdida*, cit., I, pp. 293-294.

9. P. Neruda, *Confieso que he vivido*, ob. cit., p. 159.

10. P. Neruda: «Oda a Ramón Gómez de la Serna», en *Navegaciones y regresos*, ahora en *Obras Completas*, Buenos Aires, Losada, 1967 (3.^a ed.), p. 783.

para mí uno de los más grandes escritores de nuestra lengua, y su genio tiene de la abigarrada grandeza de Quevedo y Picasso»¹¹.

La residencia en Madrid constituirá un momento de euforia feliz, de activismo creativo, pero también de honda reflexión existencial, un encuentro con la «madre», la sustancia más profunda de España. Período exaltante ciertamente. Neruda funda y dirige la revista *Caballo Verde*, significativa en el tiempo, a pesar de que aparecieran sólo cinco números; el sexto, dedicado a Julio Herrera y Reissig, quedó sin imprimir y los textos se perdieron en la confusión del evento militar, al estallar la guerra civil, en 1936¹².

Dentro del número de los «grandes» poetas españoles ya afirmados, Antonio Machado no entusiasmó a Neruda, y mucho menos Valle-Inclán; de Juan Ramón Jiménez, a quien define «poeta de gran esplendor»¹³, denuncia la envidia y la maldad: «fue el encargado de hacerme conocer la legendaria envidia española»¹⁴; y añade: «Este poeta que no necesitaba envidiar a nadie puesto que su obra es un gran resplandor que comienza con la oscuridad del siglo, vivía como un falso ermitaño, zahiriendo desde su escondite a cuanto creía que le daba sombra»¹⁵.

Conocemos los juicios venenosos de J. R. Jiménez acerca de la poesía de Neruda¹⁶, pero, ciertamente, el poeta chileno no debió de ser tan seráfico e inocente en sus reacciones como pretende darnos a entender¹⁷. Recuerda Alberti:

«Entre todas las bromas y divertimentos, el peor era el de llamar por teléfono a Juan Ramón Jiménez haciendo burlas de su *Platero* y ridiculizando la repetida multitud de malvas, violetas, rosados y amarillos con que rellena acuarelando su poesía. /.../»¹⁸.

Desde las angustias del mundo indiano y la breve experiencia rioplatense, Neruda parece que renace en el clima cultural y de amistades madrileño, como si se transformara, y transforma su poesía. Desde la autocontemplación complacida y doliente pasa a una visión radicalmente distinta de sí mismo y de la función

11. P. Neruda: *Confieso que he vivido*, ob. cit., p. 163.

12. *Ibid.*, p. 165.

13. *Ibid.*, p. 163.

14. *Ibid.*, p. 183.

15. *Ibid.*, pp. 183-184.

16. Cfr. J. R. Jiménez: «Pablo Neruda», en *Españoles de tres mundos*, Buenos Aires, Losada, 1958 (1.ª ed. 1942).

17. Cfr. P. Neruda: *Confieso que he vivido*, ob. cit., pp. 183-184.

18. R. Alberti: *La arboleda perdida*, cit., II, p. 296. Sobre el tema vuelve también J. Edwards, en *Adiós, poeta...*, cit., p. 60, donde refiere la versión de Neruda, según la cual era Rafael Alberti quien «tomaba el teléfono y le recitaba a Juan Ramón versos satíricos que lo volvían loco de rabia, versos en los que lo trataban de pedante, de onanista y de otras gracias».

Vendrán luego los días de la guerra y la destrucción. La euforia cede entonces, frente a la indignación y el dolor. *España en el corazón* (1937), es el documento más eficaz de este momento y de la reacción del poeta, a menudo violenta y desacralizante en la expresión, como ciertos críticos le han reprochado²¹, sin comprender que la violencia verbal nerudiana significa profunda execración. Louis Aragon, al contrario, celebró inmediatamente el poema, definiéndolo introducción gigantesca a toda la literatura comprometida del siglo XX que se inauguraba²².

Sin embargo, Neruda vertía en *España en el corazón* también toda su asombrosa capacidad de ternura, cantando el dolor humano y la ciudad destruida. Para el poeta chileno, Madrid es centro del espíritu y en su alta soledad, en su tragedia desgarradora, representa a toda la España inocente traicionada y alevosamente asaltada:

Madrid sola y solemne, julio te sorprendió con tu alegría
de panal pobre: clara era tu calle,
claro era tu sueño²³.

Si el poema «Madrid (1936)» es denuncia, el sucesivo, «Explico algunas cosas», es angustiada elegía que envuelve el recuerdo de los días felices: la casa de los geranios, donde vivió el poeta, los amigos de los días claros, las voces del mercado, la maravilla sencilla de los productos de la artesanía, todo de improviso hecho fuego y escombros por la guerra, y la sangre inocente corriendo por las calles:

Preguntaréis por qué su poesía
no nos habla del sueño, de las hojas,
de los grandes volcanes de su país natal?
Venid a ver la sangre por las calles,
venid a ver
la sangre por las calles,
venid a ver la sangre
por las calles!²⁴.

Y nuevamente, en «Madrid (1937)», Neruda denuncia la destrucción y contempla con ternura la muerte de tanto inocente, «Sol pobre, sangre nuestra / perdida, corazón terrible / sacudido y llorando»²⁵. A pesar de todo, él afirma que la victoria es cierta y de ella hace símbolo la ciudad que resiste al asedio enemigo:

21. Cfr., por ejemplo, X. Abril: *Vallejo, ensayo de aproximación crítica*, Buenos Aires, Front, 1958, p. 175.

22. L. Aragon: «Prefacio a la edición francesa de *España en el corazón*», en P. Neruda, *Poesías Completas*, Buenos Aires, Losada, 1951, p. 444.

23. P. Neruda: «Madrid (1936)», en *España en el corazón*, ahora en *O.C.*, cit., I, p. 270.

24. *Ibid.*, «Explico algunas cosas», en *O.C.*, cit., I, p. 273.

25. *Ibid.*, «Madrid (1937)», en *O.C.*, cit., I, pp. 288-289.

... Madrid endurecida
 por golpe astral, por conmoción del fuego:
 tierra y vigilia en el alto silencio
 de la victoria: sacudida
 como una rosa rota: rodeada
 de laurel infinito²⁶.

La participación de Neruda al drama de la capital española, y en ella al drama de toda España, no se explica solamente con reacción humana a los desastres de la guerra, a la pérdida de los amigos, ni como adhesión ideológica. Tiene motivaciones más profundas todavía, procede de la sustancia de su mismo ser. Con su llegada a Madrid, una suerte de orfandad se había rescatado: Neruda había encontrado su lejana matriz en la herencia cultural de España; en ella todavía oía viva la voz de sus grandes poetas, sus únicos ríos vitales: «Quevedo con sus aguas verdes y hondas, de espuma negra; Calderón con sus sílabas que cantan, los cristalinos Argensolas; Góngora, río de rubíes»²⁷. Poetas a los que se añadirán pronto otros, que el chileno sentirá suyos: el desilusionado Jorge Manrique, el misterioso conde de Villamediana, Garcilaso, de aguas transparentes.

Pero, por encima de todos, Neruda siente cercano a su espíritu y a sus problemas Quevedo, el gran cantor de la muerte y del límite humano. En notas al libro *Viajes* (1955), donde recoge el precioso «Viaje al corazón de Quevedo», nos cuenta su encuentro ocasional, en 1935, con la obra del poeta español del siglo XVII: saliendo de la estación madrileña de Atocha, en un banco de libros usados dio con «un viejo y atormentado librito», encuadernado en pergamino, la obra poética de Quevedo²⁸. Durante toda la noche lo estuvo leyendo, con adhesión apasionada, borrando así la visión «bufonesca» que había recibido de anteriores lecturas, hechas en malas antologías. Fue ciertamente éste el encuentro definitivo, revelador, con España y se realizó en Madrid. En su «Viaje al corazón de Quevedo» el poeta escribe:

«A mí me hizo la vida recorrer los más lejanos sitios del mundo antes de llegar al que debió ser mi punto de partida: España. Y en la vida de mi poesía, en mi pequeña historia de poeta, me tocó conocerlo casi todo antes de llegar a Quevedo.

Así también, cuando pisé España, cuando puse los pies en las piedras polvorientas de sus pueblos dispersos, cuando me cayó en la frente y en el alma la sangre de sus heridas, me di cuenta de una parte original de mi existencia, de una base roquera donde está temblando aun la cuna de la sangre»²⁹.

26. *Ibid.*, p. 290.

27. P. Neruda: *Memorias*, «O Cruzeiro Internacional», 16-IV-1962.

28. P. Neruda: «Notas» a *Viajes*, Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1955, p. 201.

29. P. Neruda: «Viaje al corazón de Quevedo», en *O.C.*, cit., II, p. 541.

Palabras significativas, pero aún más lo son, entre las muchas dedicadas al gran poeta del Siglo de Oro, las con que Neruda se apropia, en cierto sentido, de su voz, en la expresión de su tormento existencial:

«/.../ Los mismos oscuros dolores que quise vanamente formular, y que tal vez se hicieron en mí extensión y geografía, confusión de origen, palpitación vital para nacer, los encontré detrás de España, plateada por los siglos, en lo íntimo de la estructura de Quevedo. Fue entonces mi padre mayor y mi visitador de España. Vi a través de su espectro la grave osamenta, la muerte física, tan arraigada a España. Este gran contemplador de osarios me mostraba lo sepulcral, abriéndose paso entre la materia muerta, con un desprecio imperecedero por lo falso, hasta en la muerte. Le estorbaba el aparato de lo mortal: iba en la muerte derecho a nuestra consumación, a lo que llamó con palabras únicas: “la agricultura de la muerte”. Pero cuando le rodeaba, la necrología adorativa, la pompa y el sepulturero fueron sus repugnantes enemigos. Fue sacando ropaje de los vivos, su obra fue retirar caretas de los altos enmascarados, para preparar al hombre a la muerte desnuda, donde las apariencias humanas serán más inútiles que la cáscara del fruto caído. Sólo la semilla vuelve a la tierra con el derecho de la desnudez original»³⁰.

La lección quevedesca, sin embargo, metafísica y ética, fue aún más profunda para Neruda; alcanzaba directamente al ser humano y confirmaba en el poeta, no obstante el vitalismo desplegado durante su residencia madrileña, ese límite insuperable del que ya el Oriente le había dado una lección imborrable, como acontecer aterrador y desolado. Pero Quevedo, por encima de la inevitabilidad de la muerte, le ofrecía también una serenidad inesperada, presentándosela no como desastre y asalto repentino, sino como ínsita en la vida; comprendía que

«Hay una sola enfermedad que mata, y ésa es la vida. Hay un solo paso, y es el camino hacia la muerte. Hay una manera sola de gasto y de mortaja, es el paso arrastrador del tiempo que nos conduce. Nos conduce adónde?»³¹.

Muerte, tiempo y límite humano, serán temas permanentes, insistidos en Neruda, marcarán con pasión su biografía, a pesar de todo no con la serenidad apreciada en Quevedo, sino acentuando progresivamente el drama, en el que *directamente, en los últimos años el poeta se ve implicado. Por otra parte, ya en el pasaje citado asoma la angustia, y la pregunta final, abierta sobre el misterio, nos la hace palpable. Si Quevedo tenía su respuesta en la fe, Neruda no llegará nunca a una solución satisfactoria: el más allá de la muerte quedará siempre un interrogativo abierto, sin respuesta. A pesar de ello, Neruda recoge de Quevedo*

30. *Ibid.*, pp. 543-544.

31. *Ibid.*, p. 544.

la lección de fondo, que le quita a la muerte el dato casual, puesto que todo la anuncia y la vida es ella misma comienzo del fin. Precisamente debido a esta condición mortal el hombre se le presenta a Neruda como lo más audaz que existe, «por su mismo misterio»³². Por este motivo, para el poeta chileno «la vida se acrecienta en la doctrina quevedesca», como él la experimentó, «porque Quevedo —escribe— ha sido para mí no una lectura, sino una experiencia viva, con toda la rumorosa materia de la vida»³³.

Una relación íntima se establece, pues, en Madrid, entre los dos poetas, de continua atracción en Neruda y tal que la sombra del lírico español lo acompañará durante todo el resto de su vida, será referencia constante y su verso considerado, con el mar, «la misma espuma de la poesía»³⁴. Hasta en sus últimos días, cuando se apodera del poeta un desaliento muy humano, considerando su propia condición de enfermo:

Primavera exterior, no me atormentes,
desatando en mis brazos vino y nieve³⁵.

Madrid está a la raíz de todo esto, representa la ocasión de una experiencia que orienta definitivamente al poeta. Guiado por Quevedo, se diría, Neruda descubre y afirma su adhesión íntima a la sustancia espiritual de España, a su cultura, y por consiguiente participa íntimamente de su tragedia. Experiencia inolvidable, que se transforma en sustancia vital, el recuerdo de la ciudad perdida acentuará en el tiempo el tormento por una ausencia sentida como exilio. En el *Memorial de Isla Negra* la imposibilidad de volver a Madrid, cuando un régimen político se lo prohíbe, se transforma en evocación doliente y desesperada orfandad:

Me gustaba Madrid y ya no puedo
verlo, no más, ya nunca más, amarga
es la desesperada certidumbre
como de haberse muerto uno también al tiempo
que morían los míos, como si se me hubiera
ido a la tumba la mitad del alma,
y allí yaciere entre llanuras secas,
prisiones y presidios,
aquel tiempo anterior, cuando aún no tenía
sangre la flor, coágulos la luna³⁶.

32. *Ibidem*.

33. *Ibidem*. Sobre las relaciones de Neruda con la obra de Quevedo, cfr. G. Bellini: *Quevedo en la poesía hispanoamericana del siglo XX*. New York, Torres, 1976.

34. P. Neruda: «Mar y amor de Quevedo», *Incitación al nixonicidio y alabanza de la Revolución chilena*, Santiago de Chile, Empresa Editoria Nacional Quimantu Ltda., 1973, p. 151.

35. P. Neruda: «Con Quevedo en primavera», *Jardín de Invierno*, Buenos Aires, Losada, 1973, p. 32.

36. P. Neruda: «Ay, mi ciudad pérdida!», *Memorial de Isla Negra*, en *O.C.*, cit., II, p. 1091.

Paraíso sencillo y pobre, sin oro que reluzca, Neruda vuelve a evocar de la ciudad el paisaje circundante, las calles, las tiendas de los artesanos y sus productos, las tabernas «anegadas / por el caudal / del duro Valdepeñas», la animación de los niños, la fragancia de las panaderías, los carros con sus ruedas rojas en el ocaso, y un amigo nunca olvidado, Vicente Aleixandre, «que dejé a vivir allí con sus ausentes»³⁷. Un mundo que sigue viviendo dentro del poeta, paraíso perdido siempre presente. Tampoco olvida, es natural, la tragedia:

Ya vienen
por la puerta
de Madrid
los moros,
entra Franco con su carro de esqueletos,
nuestros amigos muertos, desterrados³⁸.

Únicamente el amor puede ablandar el dolor, pero ahora es sólo recuerdo:

Delia, entre tantas hojas
del árbol de la vida,
tu presencia
en el fuego,
tu virtud
de rocío:
en el viento iracundo
una paloma³⁹.

Rafael Alberti recuerda en sus memorias, con palabras emocionadas, este gran amor de Neruda y la mujer, luego dejada por otro amor, pero nunca olvidada⁴⁰. Fue un período intenso y ciertamente inolvidable, el de Madrid. La euforia feliz de Neruda le debió mucho a Delia.

37. *Ibid.*, pp. 1091-1092.

38. *Ibid.*, «Amores: Delia (II)», p. 1145.

39. *Ibidem*.

40. R. Alberti: *La arboleda perdida*, ob. cit., II, pp. 295-298. Decepcionante, al contrario, es el recuerdo que de Delia encontramos en J. Edwards: *Adios, poeta...*, cit., p. 65: «(...) veo a Delia en una mañana de sol, en las afueras de la casa de Isla Negra, en *short* floreado, que mostraba unas piernas de anciana, besando a Pablo y dejándole la boca llena de pintura roja. Era un espectáculo patético, sobre todo para esa mirada implacable de la juventud, esa mirada que todavía no ha aprendido o no se ha resignado a creer en la caducidad de las cosas». Por otra parte, Edwards tampoco es respetuoso con Matilde Urrutia, de la que nos da un retrato erótico-vulgar. Véase *ibid.*, p. 68: «Era una mujer baja, de boca gruesa y cabellos rojos, atractiva, que caminaba con toda la fuerza de unas pantorrillas bien torneadas, como si estableciera su dominio en cada metro de terreno que pisaba, y que parecía perfectamente decidida a cambiar el orden doméstico de la casa del Poeta».

Una estación insustituible de la vida del poeta acababa con la caída de Madrid. La España de Neruda era sustancialmente Madrid, mundo privilegiado y ya mítico, destinado a permanecer vivo en la intimidad del poeta y en su poesía. En ella se había realizado la estación más exaltante de su vida, había descubierto sus grandes poetas y sobre todo a Quevedo, casi por vía milagrosa, en cuya problemática vio y siguió viendo reflejados sus propios tormentos. A través del tiempo, Madrid-España asume el significado cada vez más profundo de sustancia vital insustituible. Lo vemos nuevamente en *Las uvas y el viento* (1954):

España, España corazón violeta,
me has faltado del pecho, tú me faltas
no como falta el sol en la cintura
sino como la sal en la garganta,
como el pan en los dientes, como el odio
en la colmena negra, como el día
sobre los asaltos de la aurora,
pero no es eso aún, como el tejido
del elemento visceral, profundo
párpado que no mira y que no cede,
terreno mineral, rosa de hueso
abierta en mi razón como un castillo.

A quién puedo llamar sino a tu boca?

Tengo otros labios que me representen?⁴¹.

Es cierto: esta España que desespera a Neruda no es más que la ciudad querida. Ninguna otra ciudad, ni siquiera París, ha representado papel tan relevante para el poeta.

GIUSEPPE BELLINI
Universidad de Milán

41. P. Neruda: *Las uvas y el viento*, IV. El Pastor perdido: «Vuelve España», ahora en *O.C.*, cit., I, p. 775.